

Halakhá y Aggadah

Chaim Nachman Bialik

La palabra Halakhá (lit. en heb. “marcha” o “camino”) se refiere a la exégesis jurídica de la Torah. Puede denotar una norma concreta que establece el modo de cumplir la Torah en un caso particular, o bien el sistema de interpretación con el que se llega a establecer esa norma: es decir, el modo de leer e interpretar la Torah, de corte jurídicista y legalista, que es propio de la tradición rabínica. También puede designar al corpus legal constituido por el bagaje de decisiones y normas interpretativas o rituales de dicha tradición. En su forma escrita, la Halakhá conforma una jurisprudencia admitida de forma general dentro de la ortodoxia judía. Gracias al hecho de no estar definitivamente clausurada, permite una constante adaptación de la Ley a las circunstancias históricas cambiantes, aunque nunca de modo arbitrario sino ajustándose a las reglas de un riguroso sistema interpretativo. Frente a la Halakhá está conceptual y doctrinalmente la Aggadah (en arameo “historia” o “ejemplo”), que es la tradición interpretativa rabínica relativa a la dimensión espiritual y filosófica de la Ley. En cierto sentido, el conjunto de escritos de la Aggadah se dirige al corazón de la dimensión religiosa, apuntando a lo más esencial de la relación Dios/hombre. Tradición de rico contenido simbólico, la Aggadah ha marcado profundamente toda la cultura judía, popular y mística, pero también las diversas tradiciones literarias modernas que se derivan del judaísmo religioso. Tampoco la impronta jurídica de la Halakhá es ajena a la obra de escritores modernos tan importantes como Kafka o, muy posteriormente, Peter Handke. Como el lector podrá apreciar, la aproximación de Chaim Nachman Bialik a ambos conceptos tiene interés al menos por tres razones: 1. Porque intenta, superando matices y diferencias, conectarlos entre sí, mostrando su mutua necesidad y dependencia dentro del sistema de pensamiento judío. 2. Porque amplía su alcance al ámbito poético, mostrando la importancia radical del judaísmo en la génesis de la poesía

moderna. 3. Porque los interpreta en una clave antropológica de carácter universal. AR y FV

El rostro de Halakhá, melancólico; el de Aggadah, sonriente. Aquella pedante, penosa, dura como el acero: el orden de la severidad; ésta generosa, reconfortante, más blanda que el aceite: el orden de la misericordia. Aquella da órdenes y no hace ninguna concesión: su sí es sí y su no es no; ésta da un consejo y pondera la fuerza humana y el entendimiento: el sí y el no se ablandan en sus manos. Aquella: cáscara, cuerpo, acto; ésta: contenido, alma, intención. Allí persistencia petrificada, coacción, servidumbre; aquí constante renovación, libertad y capricho. Esto se dice de la Halakhá y la Aggadah en su relación con la vida. Respecto de su relación con la escritura se suele añadir: allá prosa árida, un estilo preciso e inamovible, un lenguaje gris y monótono, predominio del intelecto; aquí la frescura de la poesía, un estilo fluido y variado, un lenguaje multicolor, predominio del sentimiento.

Estas antítesis entre Halakhá y Aggadah se pueden continuar infinitamente y en todas hay en cierta manera un grano de verdad, pero ¿se puede deducir de ello (como muchos opinan) que Halakhá y Aggadah estuvieran enemistadas, fuesen opuestos?

Los que piensan así confunden lo contingente con la esencia y la forma con el contenido ¿Y a quién se parecen? A alguien que enjuicia el hielo y el agua en un río afirmando que son dos materias distintas. Así Halakhá y Aggadah son en realidad dos cosas que son una, dos caras de un solo ser. Su relación recíproca es como la de la palabra frente a la idea y el sentimiento o como la del acto y la configuración sensorial frente a la palabra. La Halakhá es la cristalización, el último y necesario resul-

tado de la Aggadah; la Aggadah, la Halakhá vuelta líquida nuevamente. El tono sinfónico del postulado del corazón en su camino hacia su punto de aspiración: ésta es la Aggadah; el lugar de un descanso, de un cumplimiento temporal del postulado y su enmudecimiento: esto es la Halakhá. Pero ya en el fruto se esconde el núcleo del que en su día saldrá un fruto nuevo. La Halakhá que se eleva hasta el rango de un símbolo (y éstos existen como veremos más adelante), se convierte ella misma en origen de una nueva Aggadah a la que puede asemejarse o no. Una Halakhá viva y vigorosa es una Aggadah pasada o futura y al revés. El principio y el fin de ambas están entramados entre sí. ¿Y qué otra cosa son los 613 mandamientos de la Torah sino el último resultado, la síntesis de la síntesis de palabras míticas, Aggadah y usos antiquísimos —de una Torah de la vida, una Torah de la boca y del corazón— que desde tiempos inmemoriales flotaban, por así decir, durante milenios en el éter, hasta que viniera el tiempo en el que se cristalizaran en forma de reglamentos cincelados en piedra o escritos en pergamino? La doctrina de los sacrificios, de la pureza e impureza, de los alimentos prohibidos está fundamentada en el mito sacerdotal, los “mandamientos de la memoria” se vinculan con Aggadot históricos nacionales que a través de sus grandes hombres encontraron la expresión de los sentimientos “entre un hombre y su prójimo”, los sentimientos de justicia y misericordia en el corazón del pueblo. Pero tampoco después de su fijación escrita se petrifican ya que la Torah de la boca y del corazón de hecho no se acabó ni un solo momento. Su atmósfera viva y movida configuró en todas horas la Torah escrita y se trasvasó hacia ella para mantenerla viva, ampliarla o delimitarla, a veces también para aniquilarla (para un

tiempo breve o épocas enteras) según las circunstancias o también las opiniones y perspectivas nuevas. No sólo “Moisés escribió y Ezequiel revocó”, tampoco un “Daniel el sastre” tuvo reparos en escandalizarse vehementemente por una prohibición severa de la Torah y de esperar en su corazón una suspensión del tiempo mesiánico¹.

Los procesos de cristalización y de disolución de la Halakhá y la Aggadah se muestran con particular claridad en tiempos de revolución y de fijación de reglamentos nuevos y son generalmente conocidos. La vieja Halakhá, vuelta inutilizable, retorna entonces al crisol del corazón y se refunde en una Aggadah que puede asemejarse a ella o no; y ésta vuelve desde allí, una vez purificada, y entra en las formas de pensamiento y actuación allí donde se recrystaliza en Halakhá. Por tanto, la Halakhá no es menos creativa que la Aggadah. Su arte es el mayor en el mundo: el arte de la vida y de los caminos de la vida es su material: el hombre vivo con todas las pasiones de su corazón; sus medios: la educación individual, social y nacional; su fruto: una cadena de vida permanente y de actos oportunos, la planificación de una vía existencial entre los desniveles y los retorcimientos del individuo y de la masa, una existencia digna del hombre en el mundo, una actitud

vital configurada. Las creaciones de la Halakhá no son como las de las demás artes —escultura, pintura, arquitectura, música o literatura— concentradas en el tiempo y en el espacio y hechas de un material uniforme, sino que se juntan paulatinamente, pieza por pieza a partir de la totalidad del río de la vida y del quehacer humano, que desemboca al final en una configuración o bien perfecta o adoleciendo de defectos. La Halakhá es un arte didáctico, el arte de la educación de todo un pueblo y todo lo que grabó en el alma de un pueblo, las líneas gruesas y finas, está plasmado por la inspiración y la elevada sabiduría previsoras. Día tras día, hora tras hora, instante tras instante está empeñada en formar una única configuración: la forma elemental de la criatura, la imagen de Dios en el hombre. La catedral de Colonia, la catedral de Milán, Nôtre-Dame de París han llegado a ser lo que son, se realizaron con esta perfección a través de los esfuerzos de artistas eternos en el transcurso de tantos siglos. De ellos, cada uno durante su tiempo, dedicó su vida y lo mejor de sus capacidades creativas a este trabajo exclusivamente sagrado para él. Y sin duda sólo porque todos se convirtieron en servidores de una idea única y central, suma y suprema; en sus ojos la “obra celeste” se logró de tal medida entre sus manos. Aquella idea —de construir una casa a su Dios— todos la tenían presente (siguiendo el verso de la escritura “Según la imagen que te ha sido mostrada”) y les inspiró: ella llevaba la regla y la escuadra, el cinceal y el pincel en su mano y les inspiró todas las líneas y todos los ornamentos, todos los ladrillos y las vigas que se juntaron finalmente después de siglos de trabajo de hombres muy distanciados espacial y temporalmente para formar una edificación grande y maravillosa. Los hijos de Israel poseen su creación maravillosa, el día

1 A causa de la dureza extraordinaria de sus palabras las cito aquí en su integridad; se hallan en el *Midrasch wajikra rabba* 32 y otra vez en el *Kobelet rabba* acerca del Verso IV, 1: “Y me di la vuelta y vi a todos los oprimidos”. “Daniel el sastre interpretó este verso de la escritura refiriéndolo a los bastardos: ‘Vean las lágrimas de los oprimidos’ —sus padres eran pecadores y aquellos pobres ¿qué tienen que ver con ello? Su padre le ha engendrado incestuosamente— ¿qué pecado ha cometido él? ‘Y de la mano de sus opresores sufren violencia’— de la mano del tribunal supremo en Israel que se opone a ellos con el poder de la Torah y los expulsa. ‘Y no hay consolador para ellos’ —El Santo, alabado sea Él, dijo: es mi obligación consolarlos. Pues en el mundo actual no tienen valor pero desde el mesiánico Sacharja ha dicho: yo tengo un candelabro de oro puro”.

santo y sublime, “la reina Shabbat”. En la imaginación del pueblo se convirtió en un ser vivo con su cuerpo y su figura corporal, la encarnación de la belleza y de la irradiación. La celebración del Shabbat es la que el santo, bendito sea Él, hizo aparecer en el mundo al terminar su creación “para que no le falte a la esposa el baldaquín pintado y enmaderado”. Fue ella la joya más prestigiosa de Dios en sus tesoros y para la que no encontró equivalente digno salvo Israel. Según otra Aggadah popular, está sentada como una princesa, “como una novia ricamente aderezada entre sus compañeras”, escondida en su palacio en el paraíso, en el más interior de siete aposentos. Y sus seis muchachas, durante los seis días laborales, la sirven. En su entrada en la ciudad todos tornan su rostro hacia el portal y la reciben con el saludo: “Bienvenida, oh esposa, bienvenida, oh esposa, reina Shabbat”. Y los piadosos van a su encuentro al campo para recibirla. Hace tiempo apareció también en sueños a Ibn Esra y estaba triste y afligida y dejó una carta en su mano dirigida a su esposo Israel; es el célebre *Iggereth Shabbat*. Todos los poetas de Israel, desde el Rabbi Jehuda Halexi hasta Heine, le cantaron sus cantos y canciones. ¿No es una creación completamente aggádica? ¿No es ella misma una fuente de vida y santidad para toda la nación y una fuente inagotable de inspiración para poetas y cantantes? Y, sin embargo, ¿quién podría decir, quién decidir de quién es criatura, a través de quién se convirtió en lo que ha sido: a través de la Halakhá o de la Aggadah? El tratado talmúdico *Shabbat* y *Eruvin* 105 contiene 157 hojas y la cantidad de Aggadot en ellas es mínima; la mayor parte son estudios y detalles halákicos acerca de los 39 principales trabajos prohibidos y sus subclases y acerca de la determinación de ámbitos. ¿Con qué se puede prender

fuego? ¿Con qué puede salir una ternera? ¿Cómo se juntan los ámbitos? ¡Cuánto trabajo intelectual! ¡Qué despilfarro de perspicacia en cada punto sobre las íes! Y cuando hojeo estas páginas y veo las cantidades de tannaítas y amoraítas trabajando, pienso: en verdad veo artistas de la vida delante de mí, artistas de la vida en su taller y con dolores de parto. Este enorme trabajo intelectual, al tiempo como de hormigas y gigantes, un trabajo realizado por amor al oficio y por amor y por una fe infinita es imposible que surgiera sin inspiración. Cada uno de estos elegidos hizo lo que le correspondía según su objetivo y su inclinación y todos juntos sometidos a un querer supremo que los dominaba. Ciertamente una idea sublime, estos hombres separados entre sí tenían presente una imagen elemental del Shabbat; su espíritu los juntaba aquí entresacados de entre todas las generaciones y los convirtió en compañeros en la creación y la perfección. Cada “él objetó” y cada “y ellos contradijeron”, cada verja y cada cercado sólo son un nuevo ornamento pintoresco, una nueva línea en aquella imagen, un ornamento necesario y una línea necesaria, porque sin ellos no podría convertirse en lo que debe llegar a ser. ¿Y cuál es el fruto de este trabajo ímprobo de la Halakhá? Un día que es íntegramente Aggadah.

No son raros los ejemplos de esta índole. Aquí está el día de la reconciliación, allá la Pascua, acullá las demás fiestas. La belleza en su sentido más elevado es inequívocamente uno de sus fundamentos. Todas son creaciones llenas de contenido vivificante y de intenciones elevadas y solemnes, a pesar de que son hijas de la severa y cruel Halakhá y rodeadas con sus “verjas” por todos los lados. Mientras que los artistas de los otros pueblos se sentaron en sus talleres buscando con sentimientos

sutiles y delicadas medidas armoniosas y configuraciones, por ejemplo, en mármol para embellecer en ellas los sentidos de los hombres, al mismo tiempo se sentaron los sabios de Israel en sus escuelas y también ellos buscaron en la inspiración y el sentimiento más puro medidas armoniosas y configuraciones internas, por ejemplo en el bien hacer para embellecer en ellas al hombre mismo, “para purificar la criatura”. No quiero juzgar a quién corresponde la preeminencia, pero estoy convencido de que ambas son obras creativas, ideas que se concretizaron, ideas que se realizaron a través del espíritu imaginativo humano. En ambos el orden y la belleza encuentran su lugar y se despliegan en toda su irradiación, ambos precisan de la inspiración y de la gracia celestial. Su diferencia sólo se halla en el material y los medios; la misma que existe entre los ámbitos de las artes reconocidas generalmente como tales, por ejemplo, la pintura y la música. Naturalmente existe también una diferencia fundamental: las creaciones de las demás artes se dirigen al hombre como individuo y son, como dijimos, uniformes y concentradas en el material, en el espacio y el tiempo; por ello se conciben de golpe, instantánea e inmediatamente. Éste no es el caso en las creaciones de la Halakhá que se dirigen a la vez a la totalidad, cuyas partes se extienden en el material, en el espacio y el tiempo dentro de un ámbito grande y cuyo rostro puro que surge desde todas sus partes se hace concebible al conocimiento sólo después de una larga meditación y desde una gran altura. Si uno construyera una gran ciudad siguiendo la potente idea creadora de un arquitecto artista, entonces sólo se concebiría el rostro puro de aquella idea y su belleza en su totalidad considerando el proyecto o viéndola desde la punta de un sitio elevado, pero de ninguna manera

paseándose por las calles entre las casas porque los detalles estorbarían la impresión de la totalidad. “De tanto árbol no se ve el bosque” es un proverbio antiguo y sabio. ¿Pero por esta razón disminuye la belleza y la perfección de la configuración de la idea? Al que quiere gozar de ella se le dice: isube arriba al monte!

Pero también ocurre que, a veces incluso desde cualquier detalle halákico, se vislumbra todo un mundo de Aggadah que se ocultaba en él. En aquel tratado Shabbat y en el mismo lugar de la *Tosefta* se encuentra intercalada, por ejemplo, la siguiente Halakhá:

“Todos los libros santos pueden salvarse de un incendio (en un shabbat)... Si están escritos en arameo o en algún otro idioma —egipcio, persa, elámico o griego— se pueden salvar del incendio: pero Rabbi José dice: no se pueden salvar del incendio”.

Un pequeño detalle halákico, una riña sin trascendencia —¿qué otra cosa? Y sin embargo, quién no reconoce en seguida que esta pequeña y árida Halakhá contiene en el interior de una verdad extraordinaria y, sin embargo, sumamente completa, una imagen cabal de la relación histórica y espiritual de distintos grupos del pueblo frente a dos de sus bienes más nobles: sus escrituras y su idioma. ¿Quién no viera que esta disputa de la *Mishná* es precisamente aquella “lucha idiomática” que se prolonga en Israel desde entonces hasta la actualidad? “No desprecies el arameo porque Dios le ha atribuido gloria”. “Uno no debería expresar sus deseos en arameo, que no lo entienden los ángeles del servicio”. “Cuando el santo, bendito sea Él, vino para dar la Torah a Israel les habló en un idioma que conocían y comprendían: el egipcio”. “Así debes hablar... a los hijos de Israel, en el idioma que hablo, en el idioma santo”. “Cuando el santo, bendito sea Él, se reveló para dar la

Torah a Israel, no se reveló en un solo idioma sino en cuatro: hebreo, latino, árabe y arameo”. “Aquel día en el que la Torah fue traducida al griego era para Israel tan penoso como el día en el que se hizo el becerro de oro; en Palestina reinaron en aquel entonces tres días de tinieblas”. “Cuando Jonatán ben Usiel tradujo a los profetas al arameo, Palestina temblaba cuatrocientas millas a la ronda”. Éstas y semejantes aserciones que representan el eco de la actitud ambigua del pueblo constituyen la expresión aggádica del problema idiomático y la *Mishná* mencionada más arriba que también repite este dilema; es el final necesario de aquella Aggadah de impronta halákica, un resultado breve y práctico en forma severa y madura. Allí una lírica fluente, agitada y excitada y aquí una épica pausada, fija y determinada. Con una intelección profunda se ha seleccionado aquí el momento del incendio, la hora de la confusión y del peligro en la que nadie reflexiona sino que obedece al impulso de su corazón acudiendo para salvar lo que le resulta lo más prestigioso. El incendio es, por tanto, sólo una parábola (así opinan también los sabios en la discusión) y la misma prescripción se aplica a la inundación, la expulsión y a todos los peligros.

Es así como de este detalle pequeño surge de improviso para el observador una gran ley histórica, la decisión de todo un pueblo separado y oprimido en el exilio, incapaz de salvar la totalidad de sus posesiones y que, sin embargo, no quiere abandonar todo. ¿Qué debe hacer y cómo actuar el día de la calamidad y del peligro? Seguramente el profesor de *Mishná* no habló en parábolas y metáforas. Su intención era únicamente conformar una norma (Halakhá) para la actuación que permitiría tomarla en su sentido sencillo y a lo sumo

dar una expresión válida para la voluntad o el uso tradicional del pueblo, hasta el punto al que se había representado hasta la fecha; uno en la configuración de una Aggadah, otro en forma de un caso práctico cualquiera. Y aquellos miles de individuos de todos los tiempos que, a fuerza de autosacrificios en tiempos de tribulación, salvaron lo que pudieron salvar, también ellos ponderaron en este momento si debían seguir al primer autor o a Rabbi José, es decir, aspiraron solamente a cumplir la norma en su sencillo sentido literal. Consciente o inconscientemente todos cumplieron con la misión del pueblo. Y si actualmente nos hallamos ante nuestro pobre tesoro y nos lamentamos tristemente: sólo nos ha quedado esta Torah y así nosotros y nuestro corazón sabemos que este resto mínimo sólo se salvó por el mérito de aquellos individuos que, cada uno a su tiempo y en su sitio, elevaron el mandamiento de su corazón en Halakhá.

Una contemplación espiritual de aquella Halakhá ya es suficiente para sacarla de su cáscara, para elevarla al rango de un símbolo. La mente vigilante no se limita naturalmente a ello, sino que pasa revista en relación con aquella Halakhá y su objeto, rostro tras rostro, ante nuestro ojo espiritual.

Vemos, por ejemplo, con Renan, al viejo levita-sacerdote cómo viaja al exilio a Babilonia andando lentamente al lado de su asno cargado con muchos rollos con los discursos de los profetas. Él salvó las sagradas escrituras del incendio.

Vemos además que allí está Rabbi Yojanan ben Zakkai ante Vespasiano detrás de los portales de Jerusalén, rogándole: “Dame a Yavne y sus letrados y la cadena de Rabban Gamaliel”. También él salva los restos de los santos del incendio.

Y más adelante vemos a un anciano de ochenta años, Rabbi Yehudah ben Baba, sentado entre dos montañas altas entre Usha y Shefaram ordenando a cinco letrados bajo los proyectiles del enemigo y les dice a continuación: “Huid, mis hijos”. Y él permanece ante los enemigos “como una piedra que no puede arrasarse” y se convierte enseguida en un coladero.

Y además: en la escuela del Rabbi Jehuda ha-Nasi y sus discípulos hay gran alboroto. Todas las manos están ocupadas: se negocia sobre Halakot, se consideran las tradiciones, se exigen “testimonios” acerca de las tradiciones, ordenan, corrigen y apuntan: se está fijando por escrito la Torah oral en un libro. Saben que están llevando a cabo una “revolución” en la tradición de Israel —no está permitido escribir las palabras de la Torah oral— pero “cuando ha llegado el tiempo de actuar para Dios pueden destruir tu Torah”: los hombres son menos, la distracción aumenta y es mayor el olvido. Hay que salvar lo que se pueda.

Y además: los cuatro rabinos apresados llevan el Talmud a España... la obra de Maimonides... la familia de traductores de los Tibonides se apresura a traducir las obras valiosas de gran importancia nacional del idioma extranjero al idioma santo...

Y además: huestes tras huestes de judíos escapadas de las espadas y de la tribulación, generación tras generación, marchan por las carreteras y sus brazos agarran los rollos de la Torah. ¡Cuántos judíos anónimos, servidores, sastres, zapateros mueren delante del armario de la Torah defendiendo lo que consideran lo más sagrado! ¡Cuántos hombres quietos y piadosos, justos desco-

nocidos se acogen voluntariamente al exilio errando con su báculo y su hato de mendigo de un lugar a otro, y cada uno lleva en su bolso de talit y tefilin un libro que les es particularmente sagrado y querido!

Y más y más... Naturalmente en todas estas historias cambian las personas, la materia de lo sagrado y los medios de la salvación, pero el contenido interno espiritual es idéntico en todas: salvar de la destrucción bienes del pueblo particularmente importantes de acuerdo con la inclinación y la visión del que los salva. ¿A quién sigue la Halakhá? ¿A aquel que opina “sólo en el idioma sagrado” o a aquel que opina “también en la traducción y en cualquier idioma”? La respuesta debemos exigirla de la boca de la historia y de la vida y acaso se revela que también ellas no responden a la pregunta como aquella *Mishná*. Nosotros no tenemos que enjuiciar aquí el hecho; para nosotros sólo es importante mostrar en qué medida la pequeña y árida Halakhá es capaz de erigirse a veces al rango de un símbolo cuando su materia resquebrajadiza cae en el crisol del sentimiento vivo y se refunde nuevamente en Aggadah. Y estoy seguro de que también la Aggadah de los idiomas de nuestros días, si es digno de ello, se concentrará cada vez más y se convertirá finalmente también en una nueva Halakhá que, cumpliendo con las opiniones y requisitos de aquel tiempo, se formulará en palabras breves y áridas aproximadamente de la siguiente manera:

“Sólo se puede enseñar en hebreo, según las palabras de los sabios. N. N. dice: en hebreo o en cualquier otro idioma... M. M. dice: asuntos judíos en hebreo y asuntos generales en cualquier idioma. Rabbi N. M. dice: sola y únicamente se puede enseñar en judío”. Y el comentarista futuro explicará a este respecto: “En

judío, lo que significa el judío-alemán que los judíos hablaron en los tiempos y en el país de Rabbi N. M. y no es el judío de la escritura que es hebreo. Pues si fuera así ¿qué diferencia existiría entre el Rabbi N. M. y el primer autor?”.

Cualquier Halakhá de las arriba citadas como ejemplos no forma excepción. Las hay a montones. Y dudo en general que exista una Halakhá que no tenga más o menos un lugar en el mundo intelectual, que no se nutra de una elevada idea individual, social o nacional. Al fin y al cabo también la Halakhá no es otra cosa que una de las formas de las que se viste el espíritu creativo del hombre; ¿y quién conoce los caminos del espíritu? “No se puede salir (el día del Shabbat) ni con la espada, ni con el arco, ni con la coraza, ni con la lanza... Rabbi Elieser dice: ‘Es un ornamento para él³ (y puede salir con ellos)’. Pero los sabios dicen: son una vergüenza para él, porque se dice: y deben convertir sus espadas en arados y sus lanzas en cuchillos de cepa, los pueblos no deben levantar las espadas contra los pueblos y ya no se debería aprender el oficio de las armas”.

Aquí se encuentran, por tanto, conceptos de vestimenta hermosa y fea, y ¿de dónde? De las palabras del dulce cantante y del mayor de los profetas. ¿Y con qué motivo? Con motivo de la vestimenta que se lleva el Shabbat. Todos los detalles del tratado *Berakot* no son otra cosa que los contenedores y ropajes para el sublime conocimiento de que “la tierra y su plenitud es de Dios y para el sentimiento del encanto cada vez nuevo cara a la gloria de la natura-

leza y su diversidad. “El malo ya se considera muerto en vida ya que ve salir el sol y no alaba a aquel ‘que crea la luz’; ve cómo se pone y no alaba a aquel ‘que manda oscurecer las tardes, aquel que come y bebe y no bendice; pero los justos bendicen todo lo que comen, beben y perciben” (Tanjuma en el apartado “we zot haberakah”). “Acerca de los árboles y seres vivos hermosos se dice: Bendito sea aquel en cuyo mundo exista esto”. Y se cuenta de Rabban Simeón ben Gamaliel, el patriarca de Israel, que se hallaba en la azotea del templo viendo una pagana extraordinariamente hermosa, exclamó como bendición el verso del salmo “Qué grandes son tus obras, Señor”. Y “cuando alguien dice: qué hermoso es este pan, bendito sea aquel que lo creó; que hermosos son estos higos, bendito sea el que los creó; entonces esto equivale a una bendición sobre ellos” (*Tosefta Berakot*). ¡Qué sensibilidad del corazón y de los sentidos! Y precisamente aquella Halakhá dura y cruel que prohíbe el luto el día del Shabbat y se resiste a consolar a los afligidos dice con un fino sentimiento: “El que llore el día del Shabbat para llevar más fácilmente su dolor no sentirá la alegría del Shabbat” (Rabbi Akiba en *Tosefta Shabbat*).

No, la Halakhá no es de ninguna manera la negación del sentimiento; sino, antes bien, su dominio. No anula el orden de la misericordia en el orden de la severidad, sino que los une a ambos. Su dureza es la de una fuerza configurada que aspira a la persistencia, el orden simbólico del poder (*g’wura*) en el amor (*chessed*), que (en la cábala) es el orden de la belleza (*tiferet*). ¿Existe un juicio más duro que la condena a muerte de un tribunal? Y, no obstante, “una maldición de Dios es un ahorcado”, una imagen de la figu-

³ Tal como dice en el Salmo 45, 1: “Ciñe tu espada a tu costado, o bravo, en tu gloria y tu esplendor”.

ra del rey, una imagen de Dios es también el ahorcado. Y “cuando alguien se aflija, ¿qué dice la *shekiná*? Mi cabeza me resulta demasiado pesada, mi brazo me resulta demasiado pesado”. La *shekiná* se hiere, por así decir, a sí misma, se acusa a sí misma. Existe la misericordia, pero por encima todavía hay una misericordia mayor, la del padre, que ve con ojos más elevados y se supera a sí mismo por mor del futuro y ambas son misericordia del Dios vivo. Pregunta a un niño y te dirá: “El eterno, el eterno es un Dios clemente y misericordioso”; y, a pesar de todo, “el que reza en sus oraciones: hasta un nido de pájaro alcanza tu misericordia, a ése se le manda callar, pues hace que las normas divinas emanen de la misericordia y ahora se vuelvan órdenes”, misericordia más allá de la misericordia, visión del futuro. No sin razón el pueblo judío, por lo menos una gran mayoría, plegó su cuello bajo el yugo férreo de la Halakhá y no solamente esto, sino que, cuando se marchó de peregrinación, llevó gustosamente la carga pesada de las normas y del Halakot “y dejó atrás —según la expresión de S. D. Luzzato— los poemas que alegran el corazón y el alma”. Esta visión exaltó en su día a Luzzato de tal manera que exclamó: “¡Qué santo es este pueblo!”. ¿Y qué es lo que dice un maestro mismo de la Halakhá? “El que camina y estudia e interrumpe su estudio para decir: ‘¡Qué bonito es este árbol, qué bonito este campo!’, este verso de la escritura le condena como si hubiera pecado contra su alma”. Los estetas entre nosotros han gastado todas sus flechas contra esa pobre *Mishná*, pero el que está atento al espíritu entresacará también de ella entre líneas el rumor del corazón y la temblorosa preocupación por el destino futuro de un pueblo

que “está en camino” y de sus posesiones ya no tiene nada entre manos más que un libro cuya relación íntima con cualquiera de sus países de estancia sólo descansa en su espíritu⁴.

Naturalmente no todas las Halakhá son iguales y tienen el mismo valor existencial. Hay Halakhás yermas que solamente tienen un tronco y otras que producen frutos y frutos de los frutos. Unas se parecen a un receptáculo completamente vacío puesto en un rincón hasta que venga su tiempo y otros a un receptáculo que parece hecho para vaciarse y cada vez volver a llenarse sin interrupción con un contenido nuevo. Algunos halakot son también como sarcófagos para muertos embalsamados; en el idioma de la tradición se llaman *juqqim*, es decir, cosas cuyo fondo está escondido y cuya intención se desconoce. Piezas de mitos antiquísimos y de Aggadah descansan en ellas en eterna soledad pero sus improntas petrificadas todavía se conservan para asombrar a los hombres y estimular desde siempre el afán de los arqueólogos. Naturalmente les honrará también aquel que mira lo interior. Un túnel cavado en la montaña a menudo abrevia nuestro camino en muchas millas y nos lleva súbitamente a unas latitudes nuevas; así a veces un rudimento antiguo, oscuro y misterioso, si intentamos penetrar en su interior, nos sitúa de sopetón y con un salto allende de mil generaciones. Así, por ejemplo, la indumentaria de los judíos en relación con los mandamientos respectivos —tal como lo sugiere maravillosamente un antiguo Midrash— es la encarnación completa y mani-

4 Esta explicación es de Achad-Haam.

fiesta de... ¿Pues de qué creéis?, de la Aggadah de Caín y Abel⁵. Algo parecido ocurre con la prohibición de cocer un cabrito en la leche de su madre⁶. Tiene su fundamento y raíz en los antiguos reglamentos de sacrificios de la fiesta de la semana en sus tiempos más antiguos, cuando todavía no era la “fiesta de nuestra legislación”, sino una mera fiesta de cosecha y los labradores que celebraban la cosecha prepararon a Gad y a Astarte —los dioses de la suerte y de la fertilidad— como comida de sacrificio un cabrito (*gedi*) —como símbolo de la gracia y de la procreación⁷— que se había cocido en la leche de su madre; y lo que es lo más maravilloso: hasta hoy en día existe en Israel la costumbre —una costumbre acerca de cuyos motivos han discutido

todos los investigadores— de comer después de la comida de carne un plato más bien de leche y los más escrupulosos comen carne cocida en leche de almendra. Los que se ocupan de estas cosas se encuentran con no pocas sorpresas de este tipo. Se nota hasta qué medida incluso reglamentos tan rudimentarios como un niño en el vientre de su madre se relacionan con todo el simbolismo mitológico y aggádico del pueblo. Pero simultáneamente con estos *juqqim* existen de hecho tantos y tantos grandes halakot que tienen realmente el aspecto de la vida personificada del pueblo en su pasado, su frescura no se ha eclipsado hasta la actualidad y su capacidad vital no parece agotarse tampoco en el futuro. Si estos “receptáculos de la vida” se arrinconan temporalmente esto no constituye una prueba de su inhabilidad. Es una gran ley: cada forma vital representa durante su creación, es decir, mientras todavía sea constante, un contenido en el espíritu de su creador. En tanto en cuanto su creación esté cumplida y entre en el ámbito de la masa, es decir, en tanto en cuanto se desprenda, se convierte en instrumento y ya no tiene esencia propia sino que cada uno encuentra en ella lo que él mismo ponga en ella al usarla. Todo lo recibe del hombre y del espíritu del hombre al que le caiga como bien mostrenco. Si pone oro, encontrará oro; si polvo, polvo. Si no sabe qué poner tiene el poder de abandonarlo hasta que se oxide. Pero que nadie diga: este instrumento no vale para nada, echadlo a la basura, éste que debería decir: yo soy pobre.

¿Todavía es necesario seguir hablando sobre la Halakhá y la Aggadah, sobre su mutuo condicionamiento como dos configuraciones o estilos de la escritura independientes pero, sin embargo, interrelacionadas?

5 La prohibición de *scha'atnes*: lana y lino en una vestimenta (Deuteronomio 22, 11) es una alusión a la enemistad y la controversia (“Cada cual que me encuentre me matará a golpes”, Gn 4, 14) entre las tribus que criaron ovejas y vestían lana y las agrícolas que vestían lino. Inmediatamente después de la prohibición de *scha'atnes* sigue “Te harás borlas” (para las que no se aplica según la tradición talmudiana la prohibición *scha'atnes*), borlas que igualmente tengan quizá que ver con sus lazos y nudos —señales de recuerdo, como servían a muchas tribus primitivas como una especie de signos de escritura— no son otra cosa que señales externas aplicadas a la indumentaria del pacto de paz cerrado entre aquellas tribus guerreras después de que se hubiera aflojado la enemistad entre ellas y empezaran a acercarse y también a mezclarse entre sí. (“Y Dios hizo una señal a Caín para que no le matara alguien que lo encontrara”. Los viejos hebreos que surgieron de la mezcla de las tribus nómadas con cría de ovejas —como ejemplo sirva la casa de Abrahán y de Jacob— con las tribus asentadas en el país —la casa de Isaac—, conservaron juntos en su indumentaria rudimentos de los usos de dos épocas distintas y también el legislador del Deuteronomio los redactó juntos sin revelar la razón; o bien porque en sus días ya se había caído en el olvido y se había secado su savia, o bien para no destacar la oposición interna entre el mandamiento y la prohibición. La razón que se indica para la Zizith en un libro posterior (en Números) es sin duda un añadido al igual que el “recuerdo del éxodo de Egipto” en las fiestas.

6 Aparece dos veces en las fuentes más antiguas —en el epígrafe Mischpatim (Éxodo 23, 13) y las Segundas Tablas (34, 26)— en un verso junto con la fiesta de la cosecha.

7 Piénsese en el cabrito en la bendición de Isaac (Gn 27, 26), el cabrito en Juda y Tamar (Gn 38, 17) y en lo de “y visitó a su mujer con un joven cabrito” en la historia de Simsón (Jueces 15, 1). Esta explicación me la dio el “Viejo”, Rabbi Mendele.

Las explicaciones presentadas más arriba sobre la Halakhá y la Aggadah acerca de su esencia propia como dos formas o estilos de vida particulares serían suficientes para este objetivo, pues, ¿qué otra cosa es la literatura que “vida escrita”? Naturalmente, puesto que entre los actuales “maestros de la Aggadah” existe la propensión a otorgar “autonomía” a la literatura (“l’art pour l’art”) y algunos la colocan “por encima de la vida”, es decir, fuera de ella, uno no puede tener ninguna confianza en lo que se refiere a ellos de que las explicaciones dadas puedan hacerles cambiar de opinión. Más bien puede uno estar seguro de lo contrario: si admiten algo de ello o no, una cosa queda clara, el que se les acerca diciendo que también la Halakhá escrita, al igual que su hermana, la Aggadah, todavía puede representar el fundamento de un ámbito importante de la escritura viva, se expone al peligro de ser considerado como alguien que durante toda su vida no ha gozado nada de la “belleza” o puede ser considerado como aquel lituano que en el *Simjat Torah* canta excitado “Cuando un buey cubre una vaca”⁸. ¿Qué la Halakhá sea literatura? ¡Imposible! ¿Existe mayor contraste? Cualquier niño sabe hoy en día que a la literatura en sí sólo pertenece la Aggadah, la Aggadah con todas sus significaciones y ramificaciones y sin delimitación temporal: desde los cuentos, las visiones y poemas de la Biblia hasta las bellas letras de nuestros días. ¿Pero es que la Halakhá tiene olores y aromas, tiene frescor de vida? ¿Contiene realmente belleza?

Los argumentos de los propugnadores de la Aggadah, a decir verdad, no son particularmente nue-

vos y ya existían “desde hace mucho tiempo”. Todavía los maestros del Talmud conocen numerosas historias y parábolas al respecto, sólo que llegaron a la conclusión de que la Halakhá son “pedazos de oro” y la Aggadah “calderilla”. En cambio los agadistas están convencidos de que la Halakhá ni siquiera cae bajo el concepto de literatura y no procede desde arriba. ¿Están en lo cierto con su juicio? ¿Sería posible que la Halakhá, toda la Halakhá sin excepciones, sea un árbol estéril de la literatura?

Al parecer también este juicio duro se debe a una confusión de la forma con el contenido y de lo contingente con lo esencial. Las obras fundamentales de la Halakhá —la *Mishná* y la *Baraitot*— tienen, tal como lo exige la naturaleza de su materia y su objetivo, la forma de antologías de reglamentos y códigos. Y ello ha originado al parecer su exclusión del ámbito de la literatura en el sentido actual.

Así opinan, naturalmente, sólo aquellos que consideran el aspecto externo. Si aquellas palabras contuvieran sólo reglas lógicas y bases jurídicas en su pura abstracción, entonces tendrían razón con sus argumentos. ¿Pero quién no sabe que en la Halakhá judía no había casi ningún sitio para abstracciones y que es casi completamente plástica y sensorial?

“Cuando dos tocan un abrigo...”, “Si un alfarero lleva sus pucheros...”, “El que ponga la jarra...” Este es el estilo permanente de la Halakhá judía. De cabo a rabo consiste casi completamente en imágenes multicolores, pequeñas y grandes, de la vida judía concreta en el transcurso de un milenio y más.

La Aggadah que saca su fuerza del mundo espiritual trata de lo mirado y de lo querido y, si la leo entonces, veo las querencias del pueblo judío, cómo pensaba y

8 Palabras iniciales de una célebre discusión talmudiana (n.d.t.)

qué ideales perseguía. La Halakhá que se nutre del mundo de la vida activa trata de lo que existe y lo válido y nos muestra manifiestamente en imágenes breves pero precisas la vida del pueblo mismo, su querer y sus ideales que la impregnan y a las que dio formas vitales sólidas y precisas en forma de actos. Si abris la *Mishná* no arruguéis la frente. Pasad tranquilamente por los apartados como alguien que pasea entre las ruinas de ciudades antiguas; caminad entre las decisiones haláquicas que están acumuladas allí como ladrillos en una pared y en su concentración se parecen a piedras esculpidas. Mirad con los ojos abiertos todas las pequeñas y minúsculas imágenes que están diseminadas allí por miles y decid: ¿No veis delante de vosotros la vida activa de todo un pueblo que se petrificó en medio de su andadura con todos sus pequeños rasgos y detalles?

No sólo hablo de las imágenes completas y acabadas que se hallan allí a veces como, por ejemplo, el orden de la entrega de los frutos primerizos, el servicio en el templo el día de la reconciliación, el orden procesal y cosas semejantes. Tales párrafos descriptivos son épica perfecta (en cuanto a su aspecto descriptivo) y ciertamente de la forma más excelsa. También estoy pensando en aquellas piezas pequeñas, trazos y líneas, fragmentos de una vida entumecida, de las cuales se componen casi todos los seis órdenes de la *Mishná* y *Tosefta*. ¿No tendrán ninguna utilidad para la literatura, son de hecho inútiles, absolutamente inservibles?

Si un judío lee, por ejemplo, en el orden Seraim ¿no le aparece a veces repentinamente el espíritu de vida, un aroma de tierra y de algo verde y se olvida de que está sentado en la escuela y estudia y ve al “pueblo” — al *am ha-arez*— con todos sus trabajos en el campo, en la huerta, en la viña y en la era, ve al sacerdote que

hace su ronda cerca de las eras y a los pobres que pasan después haciendo el espigueo, ve cómo se posttran en el rincón que les pertenece o extienden su abrigo sobre él para adquirir derechos de usufructo sobre él y cómo riñen con la hoz por el espigueo; ve el campo multicolor con trigo, cizaña, hinojo, verdolaga, y ve la viña que se tira con un palo de higo formando un emparrado y los hormigueros en el cereal y el ciclón que arranca las viñas, ve al hombre que recoge las hierbas frescas y aquel que las amontona secas y al viticultor que recoge las uvas y una de ellas está enredada con las hojas y le cae de la mano y ve el montón de granos de trigo junto con el grano único que le libera de la obligación de pagar el décimo y ve el ciervo que alguien compra por el dinero que ha conseguido por el décimo y ve el árbol que está en su territorio y cuya corona se inclina hacia el de otro y la pasta de perro de la que comen los pastores y el granado que trae fruto por primera vez y se ata a un palo de caña y las jóvenes palomas sobre las cestas e innumerables cosas de esta índole.

Y cuando pasa al orden Moed y Nashim ¿no verá directamente la vida de la casa judía en todos sus órdenes y detalles? Y si llega a Nesiqin, ¿no debe parecerle como si viera los mercados y las calles judíos petrificados de repente en medio de sus afanes y quehaceres, su ruido y su alboroto?

Y una tal persona sentirá entonces que dentro de poco, en el próximo instante podría aparecer un gran artista clásico y tocar con la vara de Dios en la mano — el poder de Dios— aquella vida petrificada para que vuelva y lleve una segunda vida en una de las grandes creaciones. Sólo un poco, un mínimo de inspiración y la Halakhá se transforma en epopeya bajo su mano.

Se encuentran a veces personas “que ven un acontecimiento y a la vez se acuerdan de una Halakhá”. ¿Por qué no sería posible el contrario: “Véían una Halakhá y se acuerdan de una historia”? Ciertamente, esta épica es incompleta, el momento narrativo falta casi completamente. Es totalmente descriptivo: pequeños apuntes de usos de una pobre vida cotidiana se proyectan lentamente y tampoco ellos se presentan por sí mismos, sino intercalados y al margen. ¿Pero qué le vamos a hacer? Así era la vida judía en aquellos días y así se conservó en la única obra escrita nacional de aquella larga época. No teníamos otra vida y si la había no se ha conservado ningún recuerdo de ella. El período de fuerza y poder y el tiempo de la creación sublime de la epopeya bíblica habían desaparecido entonces de la vida lo mismo que de la escritura. Vinieron los días de la remisión: los días de la “vigilancia de los muros” y de la defensa de lo construido y de lo que existía desde siempre, los días en los que se erigían diques y diques para los diques; y también la Halakhá y la Aggadah de aquellos días llevan ambas la impronta de su tiempo, el sello de la pasividad. No se encuentran grandes cosas ni en una ni en otra. Ambas son pequeños fragmentos, fragmentos de ideas y sentimiento, fragmentos de actuaciones. Para un artista, pero para un artista que no se saca de la manga la inspiración o del gran plato de una mesa ajena, sino el que se sumerge y se nutre de la profundidad del gran abismo del alma del pueblo y de su vida enigmática, a un artista de esa índole, digo, no le será imposible crear grandes obras a partir de este material, con tal de que la grandeza habite en el centro de su vida. ¿Cuánto necesita para crear un artista bendito por Dios? Un poco de materia informe como estímulo para el espíritu. Si la materia es mísera, entonces la enrique-

ce con sus posesiones; si está muerta, le otorga vida de su propia fuente vital. El arte sublime —aquel que no es una pala para excavar con ella, ni corona soberbia en la cabeza de mentecatos ebrios y embriagados por los falsos elogios— también perdura como la Torah sólo en el que se sacrifica a sí mismo para suscitar la vida. Lo esencial es la relación viva del hombre con las formas de vida anteriores a él. Y el que anuncia que una de ellas no tiene valor debe examinar primero si no es más bien su vida la que carece de valor en este ámbito.

¿Debemos golpear el agua viva de esta roca, de la Halakhá? Pregunta, sorprendida e incrédula, “la estirpe de la regeneración”.

¡Por supuesto, si la vara de Dios está en vuestras manos y una fuente de vida en vuestros corazones! Realmente, si tuviéramos creadores perfectos y benditos por Dios cuya vida todavía no estuviera torcida, otorgarían el habla a los labios de esta roca y convertirían aquella lucha que se denomina genio, la Halakhá, en una epopeya nacional. Actualmente a nuestros artistas les resulta más agradable jugar con instrumentos prestados, coger moldes que otros han preparado y contrahacerlas en imitaciones vanas. Ciertamente el trabajo no siempre es puro pero, en cambio, es fácil. Lo que es barato se encuentra entre ellos. Por esta razón, la Aggadah, cuya fuerza reconocen aún sin destacarla todavía, sigue esperando al redentor apto para transformarla en lírica nacional, en una poesía realmente nueva; cosa que tampoco han conseguido los antiguos poetas sinagogales con todo el esfuerzo que han puesto; por falta de genio y porque también carecían de una relación viva con este molde literario.

¿Por tanto debemos inclinar la cabeza y volvernos al Shuljan-Aruj?

El que encuentre en mis palabras una opinión de esta índole no ha entendido nada. Las voces Halakhá y Aggadah son talmúdicas y su significado en su sitio es preciso, pero, en tanto en cuanto se considera su esencia interna, su significado es ampliable a los fenómenos afines, sean de épocas pretalmúdicas o más tardías. Son dos formas cerradas, dos estilos antitéticos que se acompañan una y otra a través de la vida y la escritura y, como cada stirpe tiene su Aggadah, cada Aggadah tiene su Halakhá.

Aquí no hablamos de esta Aggadah o de aquella Halakhá, sino de la esencia de la Halakhá, de la Halakhá como gran formalización, como configuración sensorial y acabada de la vida concreta, de una vida que no flota en el aire y queda suspendida sola en las emanaciones de bellos sentimientos y bellas palabras, sino que también posee un cuerpo bello y una configuración corporal. Y esta Halakhá, afirmo yo, no es otra cosa que la continuación necesaria, “el final del verso” de la Aggadah.

La Aggadah es grande, pues conduce hacia la Halakhá. Sin embargo, cada Aggadah en la que nada aspira a la Halakhá, es sentimental y se diluye finalmente por sí sola tal como diluye la energía de sus dueños.

Si alguien dice: sólo conozco la Aggadah, entonces que se analice su Aggadah para ver si no es sólo una flor infértil. ¿A quién se parece? Al que dice ¡yo cojo las flores, no quiero los frutos! Al final ni siquiera va a poder alcanzar las flores, porque donde no hay fruto no hay semilla y, si no hay semilla, ¿de dónde ha de salir la flor?

Las flechas de la Aggadah tambalean en el aire como si hubieran sido disparadas de la cuerda floja del

arco. Las flechas de la Halakhá vuelan rectas y seguras en la trayectoria correcta, fuertes y sin temblar como si saliesen de un arco tenso. Aquella da aire para respirar, ésta un lugar sólido para los pies, el suelo del mundo; aquélla introduce el elemento fluyente y líquido, ésta el elemento sólido del que surge el ser. Un pueblo que no haya aprendido a juntar la Halakhá y la Aggadah se expone a sí mismo a la perenne enajenación y al peligro de olvidar el camino recto y único desde la voluntad hacia la actuación y de la aspiración hacia la realización.

Si la Halakhá y la Aggadah están mutuamente unidas esto constituye un testimonio de la salud y una prueba de la madurez del pueblo. Y donde encuentras Aggadachs enviudadas seguramente la fuerza de acción y los medios de actuación del pueblo estén debilitados y precisan curación. ¡Que lo tomen a pecho particularmente aquellos corazones que, entre los rasgos de la nacionalidad, daban preferencia a lo formal frente al contenido!

Tantas generaciones en Israel han pecado contra la Aggadah interrumpiendo la relación viva con ella. Numerosos ingenuos entendían sus exigencias en el sentido literal y la consideraron como artículo de fe. Otros muchos, presumiendo de listos, concibieron sus exigencias también literalmente y la consideraron charlatanería ociosa. Ambos tenían el espíritu y el gusto bastos y por ello sus ojos resultaron como empastados y no vieron el esplendor poético y “la verdad de la parábola” en ella. Ya no comprendían su lenguaje.

Ahora estamos agraciados con la stirpe que es totalmente Aggadah, Aggadah en la escritura y Aggadah en la vida. El mundo entero ya no es más que

una gran Aggadah. La Halakhá en todas sus significaciones ya no se conoce ni se menciona.

Por mucho que aquellos a los que estos hechos resultan desagradables y quieran negarlos, la verdad no puede ignorarse. Nuestra literatura reciente en su mayor parte ha escogido como un mendigo su morada en el peldaño más inferior del ideario y de los sentimientos culturales, todas las cincuenta puertas de la intelección le están vedadas y no le ha quedado nada más que la puertecilla pequeña de una “belleza” dudosa: la actual Aggadah (el folletinismo enano de los periodistas no entra en consideración). Algunas narraciones y algunos poemas, ésta es toda la cosecha en su talego de pordiosero. Faltan otros confluyentes desde fuentes espirituales más elevadas. Ha acabado la Halakhá en Israel. Y lo peor de todo es que en ella, en la literatura reciente, ni se vislumbra una inclinación de levantarse de esta tumba ruidosa, de la tumba de su pobreza para aspirar a algo más elevado. Al contrario, la amenidad del lugar está por encima de sus creadores y, por debajo de ellos, entre los hombres ordinarios e ignorantes destaca todavía como una aspiración sistemática a fomentar en los corazones de la gente la opinión de que no hay otra “literatura” y otra “creación” que sólo esta “hermosa” y todo lo que se sitúa fuera de ella sería sin valor. La creación de un muchacho chiflado que ha compuesto veinte versos o dos cuentos, con permiso, se designa como creación, pero por ejemplo el *Moreh nebukey haz-zeman*⁹ —el único libro surgido de la idea suprema de la literatura reciente— no se coloca ni siquiera en el ámbito de lo creativo.

Y vuelvo a subrayar: no pretendo ponderar la Halakhá frente a la Aggadah y no digo que aquella es valiosa y ésta no es valiosa, mi intención se dirige hacia la Halakhá y la Aggadah en sí, como formas gemelas de la escritura y de la vida, y pregunto: ¿para qué sirve una Aggadah que no tiene inmediatamente a su lado su Halakhá? El final de la literatura —si esto es el final— lo vemos. Es vacía como aquel mar profundo en el que no viven peces. El que real y auténticamente quiera aprender algo tiene que salir él mismo después de 150 años de su existencia hacia “otro campo”. Y es de temer que también la poca Aggadah en ella —la belleza— está consumiéndose cada vez más por falta de alimento que, de vez en vez, viniera hacia ella desde fuentes espirituales más elevadas. El derecho de existencia de las bellas letras se basa al fin y al cabo sólo en el hecho de que construya con sus propios medios una relación sólida entre la individualización configurativa y la diversidad que anhela su configuración. “Poesía por mor de la poesía”, “como canta el pájaro” corresponde —en horas de ocio— a aquellos que se empeñaron a todas horas con el sudor de su frente en construir una literatura fuerte que abarca todas las ramas de la cultura humana, una escritura que configura la vida y eleva la vida. A ellos corresponde cantar. ¿Pero qué necesidad tenemos de una literatura nacida del aburrimiento y de la holgazanería?

Así son las cosas en la literatura. ¿Y en la vida? Allí anda y crece una generación en una atmósfera que consta en su totalidad de poesía, canto y un montón de cosas que no son mas que charlatanería de la boca y viento de los labios. Cada vez más surge una especie de judaísmo arbitrario; se propaga a través de consignas ruidosas: nacionalismo, renacimiento, literatura, crea-

9 La obra principal póstuma de Nachmann Korchmal (+1840) [n.d.t.]



ción, educación hebraica, pensamiento hebraico, trabajo judío y todas estas cosas penden del hilo fino de algún amor: amor al país, amor al idioma, amor a la literatura. ¿Cuánto cuesta un amor etéreo?

¿Amor? Pero, ¿dónde está el deber? ¿Y de dónde ha de venir? ¿De dónde ha de manar la fuerza? ¿De la Aggadah? Según su naturaleza ella misma es arbitrariedad, el sí y el no son blandos en la mano.

Un judaísmo que sólo fuera Aggadah sería como un hierro que se ha introducido en las llamas pero que no se ha refrigerado. Aspiración del corazón, buena voluntad, elevación del espíritu, amor interno, todo esto son cosas bonitas y valiosas si al final se encuentra la acción, acción dura, deber severo.

¿Habláis de construcción? “¡Acordad un pacto y registradlo y bajo el sello de nuestros príncipes, levitas y sacerdotes... y poned mandamientos por encima de vosotros!” (Nehemia 10, 1 y 33). Así empezaron también a construir vuestros padres.

Las visiones sublimes del segundo Isaías despertaron los corazones pero cuando llegó la hora de la construcción se encontraba entre los dos profetas, los constructores —Chaggai y Sacharja—, el final del profetismo y el inicio de la Halakhá; y los que vinieron después de ellos, Esra y sus ayudantes, no eran más que hombres de la Halakhá.

¡Venid y erigid mandamientos rectos por encima de nosotros!

Que se nos den formas para configurar nuestras voluntades fluidas y turbias en expresiones precisas y sólidas. Tenemos sed de acciones corporales. Acostumbradnos en la vida al hacer más que al hablar, en la escritura a la Halakhá más que a la Aggadah.

Inclinemos nuestras nucas: ¿Dónde está el yugo

férreo? ¿Por qué no viene la mano fuerte y el brazo justo? I